

Imaginemos

• Agustín Morales Bueno

Imaginemos, por un momento, que la España que conocemos se encuentra dividida en cuatro reinos prósperos y sólidos, sustentados por monarquías medievales de corte tradicional y por ejércitos feroces, invencibles.

El rey de Castilla y León se llama Fernando, el de Aragón y Cataluña, Jaime. El Santo y el Conquistador, los hombres fuertes del Siglo XIII europeo.

España (su conglomerado de pueblos y reinos) domina el Mediterráneo en la práctica, influye en la política centro europea y es consultada por el Papa para las más pequeñas decisiones. Las tropas castellanas, gallegas y leonesas conquistan a placer las ricas taifas árabes de Al-Andalus, mientras los almogávares catalano-aragoneses se hacen con el Levante ibérico y con Mallorca, sobrándoles energía para apoyar al emperador de Bizancio en sus guerras contra turcos y persas y para, en un alarde de sin igual valor y energía, tomar para el rey de Aragón (ya el hijo del Conquistador), los condados de Atenas y Neopatria.

España es la primera potencia europea (nótese que aún antes de la leyenda del Imperio en tiempos de Felipe II) y su dominio "de facto" se deja sentir desde la eterna Atenas, hasta los reinos normandos del Norte. Dominio, influencia, cultura, arte, ejército, decisión, firmeza y valor. España lo tenía todo y todo lo importaba: las telas y los objetos suntuosos de Flandes; los tapices, del Norte de África y Persia; el dinero, de Génova y Pisa.

La nación más próspera de Europa y con más recursos (el petróleo entonces era un estafalario líquido maloliente sin apenas aplicaciones), de donde se obtenía toda la lana para vestir a la Europa occidental, no disponía de una sólida industria manufacturera, no disponía de un gremio agresivo de comerciantes (a excepción, quizá, de los catalanes), no disponía de un colectivo de escurridizos y hábiles banqueros.

Setecientos años después, España ya no es la primera potencia europea. No está, ni siquiera, incluida en el grupo de naciones "de cabeza" y nos encontramos ante el mismo despropósito medieval, amplificado por el propio devenir de la Historia.

El futuro de las telecomunicaciones en España pasa por ser incierto, mientras los grandes grupos financieros nacionales, se "posicionan" junto a grandes compañías transnacionales, de origen extranjero. En electrónica profesional y de defensa, el estrangulamiento económico por la caída de las compras públicas y la parada forzosa de los proyectos de investigación, hace pensar que existe el grave riesgo de que gran parte de las compañías españolas terminen convirtiéndose en brazo residual y periférico de algún monstruo europeo o norteamericano. Mientras otros países europeos destinan infinitos recursos a defender su industria y sus empleos, en base a legislaciones proteccionistas muy cuidadosas en la forma y tremendamente efectivas en el fondo, en España pro-

ponemos que la infraestructura nacional estratégica en telecomunicaciones siga sufragándola el propio usuario y seguimos comprando "al mejor postor", aunque esas compras creen empleo en Vancouver o en Hamburgo, en vez de en Jaén, Oviedo o Cáceres.

Han pasado seiscientos años y seguimos criando lana para comprar las camisas en Flandes. Más de medio milenio de Historia de España y seguimos creyendo que construiremos un país del Siglo XXI gracias a los apoyos financieros de genoveses y pisanos. Todas las luces y las sombras de nuestro pasado histórico no forman parte de nuestro bagaje, de nuestra experiencia de todos los días. Permítame el lector, en este punto, que haga un pequeño ejercicio de recuperación de la memoria y trasládalo, en la medida de lo posible, a su experiencia de hombre del Siglo XX:

Cuando San Fernando necesitó la ayuda financiera genovesa para sus empresas bélicas, éstas fracasaron. Cuando el rey Don Jaime pidió ayuda a sus vecinos francos de Cerdeña y Provenza (que eran, incluso, sus vasallos), sus campañas se convirtieron en el único desastre de su vida.

El sector industrial nacional es heredero de muchas omisiones, de muchos errores históricos. España es aventurera, guerrera, capaz de las más exóticas hazañas, pero incapaz de pequeñas conquistas del día a día: banqueros astutos, empresarios capaces de crear multinacionales.

¿La solución? Es sencilla: aprender de la Historia. Aprender para no cometer los mismos errores una y otra vez, con un período de unos 600 años.

¿El método? Siempre el que mejor funciona en estos casos: el empírico prueba/error. Si un camino es erróneo y conduce al país a la crisis, a la pérdida de la industria (y de la soberanía, por supuesto), al inútil desperdicio de la excelente fuerza laboral hispánica, abandónese ese camino.

¿Las medidas? Firmes, rápidas y eficaces. Seleccionar sectores económicos estratégicos para el país y apoyarlos con toda nuestra energía. Gastar dinero en innovar, en desarrollar productos españoles competitivos y de calidad contrastada. Ilusionar al país en una tarea de todos para todos.

¿El compromiso? Total de lo Sociedad y el gobierno. Un país ilusionado es un país fuerte. Un país fuerte que trabaja es un país rico. Un país rico que progresa es un país libre. Independientemente del color del Gobierno de turno, al margen de la coyuntura internacional. España necesita saber que hay una manera de salir de la crisis sin generar más paro, más desilusión.

¿El deseo? Que se equivoque Jorge Manrique. "Recuerde el alma dormida,/avive el seso y despierte,/contemplando,/cómo se pasa la vida,/cómo se viene la muerte/tan calando./Cuán presto se va el placer,/cómo, después de acordado,/da dolor./Cómo, a nuestro parecer,/cualquiera tiempo pasado/fue mejor".



"Mientras otros países europeos destinan infinitos recursos a defender su industria y sus empleos, en España proponemos que la infraestructura estratégica en telecomunicaciones siga sufragándola el propio usuario y seguimos comprando en Vancouver o en Hamburgo"